

Tres novelas del siglo xx miran nuestra tierra purpúrea

Como prólogo

Este trabajo está destinado a rescatar, literatura mediante, las imágenes, los recuerdos, las sombras y los mitos de los orientales que entre 1851 y 1904 murieron peleando por las divisas coloradas y blancas.

Peones, esquiladores, "agregados", patricios, militares, estancieros, doctores, caudillos, gauchos vagabundos, matreros salvados de las ejecuciones sumarias con las que Latorre limpió la campaña. Hombres que, sobrevivientes de una y otra patriada, volvieron una y otra vez al combate hasta encontrarse con su muerte. Paisanos pobres que fueron "arriados" en las temibles levas que en el último tercio del siglo XIX los pusieron en la condición de milicos de los ejércitos gubernistas.

Unos por lealtad al estanciero paternalista o al caudillo, otros por apaciguar el hambre con el "rancho" de la tropa, otros, los más, por defender la causa y su divisa, otros para apuntalar al Partido; todos, con arrojo salvaje fueron capaces de sostener hasta morir el valor de "la palabra dada".

Cruelles, brutales, heroicos, enardecidos por el fragor de la batalla cometieron atrocidades hoy impensables. Ellos empaparon la tierra con sangre. Tanto que William Hudson la vio purpúrea.

Recordando a aquellos hombres, dijo Roberto Ares Pons:¹

El gaucho, en cambio, es un tipo históricamente no viable que debía perecer como estamento

Con motivo de la conmemoración del Bicentenario, la A.P.L.U. organizó en 2011 la jornada *La novela histórica en el Uruguay*, Mercedes fue una de las expositoras invitadas por la Asociación.

Agradecemos a la profesora Eneida Basaldúa que nos permitió recuperar esa exposición, pues donó a la biblioteca de la A.P.L.U. el extenso ensayo a partir del cual Mercedes preparó su presentación para dicha jornada. Transcribimos aquí algunos fragmentos.

- 1- El título $\left\{ \begin{array}{l} \text{la vuelta del tío Quiroga} \\ \text{metáfora de la revolución} \end{array} \right.$
- 2- Biografía de Omar Moreira - p: 99.
- 3- Opera prima - madurez - año 1969 - edición agotada y olvidada - 2010 - 2ª edición
- 4- 236 págs - 22 capítulos - escrita por un profesor de literatura
- Relación con la Iliada - maduración de Aguado por la piedad y último año " " - 9 meses (gestación de la obra)
Novela bélica y filosófica de una epifanía - "cuando uno era bastante chapetón; hoy es un gaucho - Ahora aprendió a usar la piedad y también el coraje. Aunque no habrá más guerra eso le va a servir."
- 5- Estructura: el eje es la batalla de Tupambaé que separa el carolamiento de Rodolfo, adolescente, chacarero y gaucho del hombre en su plenitud viril, del gaucho criollo, del guerrero en las cuchillas -
- 6- La batalla de Tupambaé en lo bélico tiene su réplica en el momento que el niño claro, lo detiene en el momento en que va a matar por la espalda - "No asesines, compaíses" - El momento siguiente, el llanto y la oración del pastor - "Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio" - 1970 - la complejidad de la vida
- 7- Los mentores: el caso de Ciriaco Sosa que dejó a su sobrino Alvariza - su capitán: p: 108 - se asombra del doguill - p: 112 sobre abrirse al placer.
- 8- Material: tiene el espacio y el ritmo de un fresco - Entra en ese tipo material de la investigación; tradición oral; los cuentos - Similitud con la tesis de un grande que se define en la polifonía que es lo típico de la novela histórica - Rosa Berta - Compiladora
- 9- La vuelta de los recuerdos y los recuerdos a sus hogares - p: 109 - humor - 110
- 10- Rodolfo mata a un hombre en defensa y aprende la lección - de lo que es el coraje
- 11- Palabras finales - p: 112

Esquema que Mercedes utilizó en la jornada sobre novela histórica.

social para que la nación fuese posible. Mas al morir rindió su espíritu y éste anima aún todo el fondo de nuestro inconsciente colectivo. De nosotros depende, finalmente, que constituya una simiente luminosa o un espectro perturbador.

Un gaicho, dos gauchos, treinta y tres gauchos...

“¿Qué se puede hacer en este país? Nada. Detrás de nosotros no hay nada; un gaicho, dos gauchos, treinta y tres gauchos...” escribió Onetti en *El pozo*.

Con el mismo espíritu travieso cabe responderle a Onetti que empezó a contar tardíamente y que paró de contar prematuramente y de contar mal, pues al parecer fueron treinta y cuatro. Y esa cuenta no vale porque en el siglo XIX, “detrás de nosotros” lucharon y murieron trescientos, tres mil, treinta mil gauchos. ¿Y qué dejaron esos innominados y olvidados? Nada menos que la realidad de un país en el que pudiera nacer un escritor como Juan Carlos Onetti que nos escribió *El pozo*, *La vida breve*, *El astillero*, *Los adioses*.

Sí, comparada con la tradición de Alemania, la nuestra es la breve tradición de un siglo, ¡pero es que “éramos tan jóvenes”!

Creemos que en la construcción del futuro, del cual todos somos responsables, entra el mantener la memoria de ese período terrible que es el de los avatares de las divisas.

(...)

Cortes transversales - Paradigmas temáticos

Este trabajo, por descontado, no pretende abarcar toda la literatura generada por las revoluciones orientales. O de otro modo, no pretende indizar el panorama de la literaturalización de la historia.

El acotamiento no es solamente temporal sino cuantitativo. Por de pronto dejamos de lado la narrativa de Javier de Viana que precisamente por su calidad y por nutrirse de los recuerdos de las patriadas de las que él fue parte, hubiera merecido una consideración central.

Otro tanto ocurre con las novelas del grande Acevedo Díaz, como de Viana, patricio, blanco, escritor y combatiente.

La razón de ambas exclusiones es una: el hecho de que ya existen trabajos de análisis críticos de jerarquía que versan sobre sus respectivas producciones.

Hemos escogido tres excelentes narraciones de tres excelentes escritores, que no obstante no

son conocidos masivamente por nuestros lectores connacionales. Ellas son: *Crónica de Muniz* de Justino Zavala Muniz; *Fuego Rebelde* de Omar Moreira; *Una cinta ancha de bayeta colorada* de Hugo Bervejillo. (...)



Justino Zavala Muniz

Crónica de Muniz

*Entonces contraje contigo, madre,
el pesado deber de reivindicar a aquel hombre.*

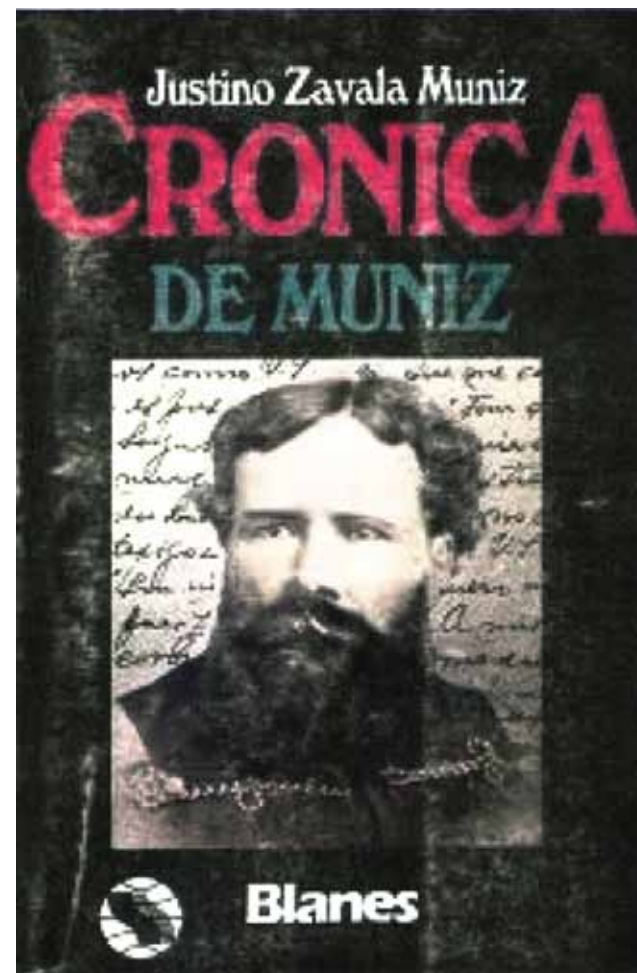
La obra

La *Crónica de Muniz* es un muy valioso y muy curioso texto narrativo.

En primer lugar, el título que le dio su autor levanta reticencias.

Si bien es cierto que este “sub-género” de la literatura testimonial, la crónica, es de difícil definición, participamos de lo que al respecto han señalado Arturo Sergio Visca y Pablo Rocca: que en las crónicas se dan tres niveles: el histórico, el imaginario, y el visionario.

El autor de toda crónica trata de configurar un producto que recorta un tramo de los acontecimientos pasados y los funde con el propósito de transmitir una visión unificada, coherente y organizada. En



consecuencia, la imaginación que funciona sirviendo a la finalidad del cronista, elimina las complejidades y aristas contradictorias de la realidad. Escoge, desecha, pule y aún, incorpora hábitos de un fervor que sirven a su propósito.

Hasta aquí, la obra de Zavala Muniz no constituye una excepción de lo habitual. Pero a poco de leer el prólogo surge nítidamente el fondo y la naturaleza del geno texto.

En el prólogo-dedicatoria a sus padres, dice:

¿Y cómo no dedicarlo a vosotros, si este libro, más que un hijo de mi ingenio, hijo es del amor que vosotros pusisteis en mí, por nuestro abuelo y por la vida campesina?

¿Cómo he de olvidar aquellas veladas, cuando junto a la ventana que daba a la dormida calle del pueblo, mi padre contaba las hazañas de Muniz, ¡tan generoso, tan heroico!, mientras mi madre interrumpía a intervalos sus relatos, para hacernos sentir la injusticia

de los hombres que tanto le insultaron?

¡Ah, cuántas veces latieron mis agitadas sienes, al oír cómo injuriaban del más indigno modo a aquel varón fuerte y noble, a quien vi llegar tantas tardes de verano, galopando por las cuchillas de su heredad, bajo el sol o la lluvia, para traer a mi dulce hermana enferma —hoy también ida de nosotros— los frutos que daban los duraznos de su quinta. Entonces contraje contigo, madre, el pesado deber de reivindicar a aquel hombre.

A este fuerte nudo emocional en el que se implican los recuerdos de los muertos —abuelo, hermana— y la presencia de los padres, destinatarios de su amor y de su esfuerzo, se une un sentido kantiano del deber (Haz tu deber, aunque perezca el mundo) que está así expresado en su Autobiografía:

La tradición cultural que hereda de su padre, recibida del abuelo vasco, lucha en su espíritu con la dramática herencia de su madre. Pero en lo íntimo de una y otra aprendió que el hombre vive para un deber más fuerte que todo desfallecimiento: que su voluntad y coraje han de trazar un destino del que él se siente el único responsable.

Última Crónica

Es así que la objetividad propia de la historia, la imaginación propia del designio y la visión propia de la evocación, en esta crónica están subordinadas al calor del amor y de la pasión reivindicativas.

Decir que es una encariñada biografía que por añadidura registra un tramo de nuestro convulso pasado y una pintura sin igual de la vida rural del Uruguay en el siglo XIX, en un texto de valor estético de gran jerarquía, sería lo apropiado.

A los 22 años Justino Zabala Muniz produjo esta obra cuya fortuna editorial también fue curiosa. Seis años después de la muerte de su abuelo materno, el caudillo Justino Muniz, su nieto escribió esta obra cuya primera edición se agotó rápidamente.

(...)

El texto, inconseguible durante más de sesenta años, tuvo su reedición en 1989. No fueron ajenos a

este largo mutis los trasfondos políticos que de una u otra manera suelen influir en la conformación de la cultura oficial y aún del canon literario. El pasaje del viejo caudillo blanco a la jefatura del ejército oficialista colorado, lo convirtió en un “yaguané” execrado por todos y cada uno de los blancos. Acevedo Díaz, Javier de Viana, Carlos Roxlo, Luis Alberto de Herrera, no ahorraron invectivas ni brulotes contra el que fuera ídolo de los cerrolarguenses. La larga vida de Luis Alberto de Herrera que le permitió períodos de intermitente poder político, fue tal vez el obstáculo que más se interpuso en la difusión de esta biografía reivindicatoria del ex caudillo blanco.

El autor

Nació el 16 de julio de 1898 en Melo. A los diecisiete años continuó sus estudios en Montevideo. Ingresó como periodista al diario *El Día* y sólo como partidario del batllismo, desde que negara siempre pertenecer al Partido Colorado, tal vez como una expiación subconsciente de la memoria de su abuelo.

En 1920 publica *Crónica de Muniz*; en 1926 *Crónica de un crimen*; en 1930 *Crónica de la Reja*. Poco antes de morir, preparaba la *Última Crónica*.

Luchó contra la dictadura de Terra y sufrió prisión. En 1935 participó del levantamiento de armas, la “chirinada” de Basilio Muñoz y en la derrota debió exiliarse en Brasil. Fue Diputado, Senador, Embajador, Presidente en la Asamblea de Naciones Unidas, Ministro de Instrucción Pública. Este hombre de Estado, que obtuvo las más altas gratificaciones nacionales e internacionales, dejó para el país una base de fundaciones institucionales que hacen a lo más sólido de nuestra cultura. Seguramente no ha sido ajena a esta tarea su esposa, la musicóloga María Julia Garayalde.

A Justino Zavala Muniz, el país le debe la creación del Conservatorio Nacional de Música y la Escuela Municipal de Música; la Comisión de Teatros Municipales, la Comedia Nacional, la Escuela Municipal de Arte Dramático, el Museo y Biblioteca de Teatro.

Su producción literaria abarcó también el género dramático: *La Cruz de los caminos*, *Alto Alegre*, *En un rincón del Tacuarí* y *Fausto Garay: un caudillo*.

El texto

Sería fácil ceder a la tentación de clasificar el texto como novela. Pero no es posible, no sólo porque queremos soslayar la tan manida discusión sobre los géneros literarios, sino porque el propio narrador Zavala Muniz no quiso escribir novelas sino solamente

lo que él entendió eran crónicas.

Esta narración tiene un alto valor estético, pese a algunos desbordes románticos y al objetivo ancilar que fijó a su creación.

Quien enfrente por primera vez su lectura sentirá admiración por la empresa y su éxito, considerando que es la obra primigenia de un escritor de veintidós años a quien no hay que perdonarle ninguna endeblez en mérito a su precocidad.

Se trata de una obra madura, bien estructurada, que al tiempo de querer lograr la limpieza del nombre del viejo caudillo, va registrando los avatares de la lucha por las divisas y también el paisaje y la vida rural en el siglo XIX.

Quien guste de la literatura gaucha –no gauchesca–, puede encontrar en la *Crónica de Muniz*, espléndidas páginas sobre las costumbres y las labores del hombre de campo trabajador, peones, domadores, esquiladores y también sobre los entretenimientos de los bravucones y pendencieros clientes de las pulperías.

Hay toda una galería de malevos de campo, casi matrones; Felisberto Pelo Largo que dejó para siempre la cicatriz que no fue marca de derrota sino la rúbrica de quien le entregó al huir, el título de guapo; Feliciano “El Callao”; Garcilaso el payador a quien Justino le cortó la larga cabellera mientras el cantor dormía.

Así en plena juventud se va templando el coraje y la fama del futuro caudillo.

La desgraciada infancia del protagonista que está narrada con sinceridad y dolor en las primeras páginas, pone más de relieve el valor de un hombre que, trabajador en las épocas de paz, se va ganando la condición de caudillo en los combates. No fue ajena a su destino la figura de su tío, el famoso Ángel Muniz. A su lado el sobrino peleó en el combate de Las Rengas contra Flores; en la Revolución de Las Lanzas y en La Tricolor.

Los primeros diecinueve capítulos del relato van acompasando los acontecimientos históricos con la historia familiar de Justino. En el capítulo veinte el escritor entra en el objetivo de su obra: la explicación de por qué en 1880, un caudillo blanco de la dimensión gloriosa de Justino Muniz, se volvió teniente coronel del Ejército Colorado con antigüedad retroactiva a 1863.

(...)

El capítulo XX de la *Crónica* estaba destinado a limpiar la memoria del caudillo. Aquel adalid del Partido Blanco que terminó su campaña combatiendo al ejército saravista en nombre del gobierno colorado, sufrió en la soledad de los campos que recibiera como premio a su defección, el repudio de quienes habían sido sus hermanos de divisa. Seis años después de su muerte, su nieto asume la defensa y justificación. Sin embargo, las páginas destinadas a este propósito –

capítulo XX– muestran el fracaso del abogado y el del escritor. Por de pronto el horizonte de expectativa del lector actual no está pendiente del talante del nieto ni de la genuflexión del abuelo. Fracasa el escritor que debió de subordinar la libertad de su potencial creador, a la remoción y análisis de una circunstancia desgraciada, de esas que conducen al hombre a tomar decisiones erradas. Las páginas que se aplicaron a esa tarea resultan insulsas por su falta de interés. Será la vida misma y la implacable fuerza de los hechos los que en adelante conducirán la fábula trágica de la vida del caudillo y por consiguiente permitirán al creador el vuelo libre de la creación poética. En efecto, el capítulo XXII –apasionante–, relata un episodio real transmitido al escritor nada menos que por quien fue protagonista y heroína del suceso: Eugenia Muniz, su madre. (...)

Un capítulo que merece destaque es el XXIV, dedicado a la batalla de Arbolito, que de alguna manera es el cierre del episodio narrado en el capítulo veintidós, el incendio de la pulpería en donde muriera el hijo de Muniz.

La batalla de Arbolito es el episodio bélico central de la revolución del año 97, levantada por Aparicio Saravia y Diego Lamas. En ella el caudillo blanco, ahora jefe del ejército gubernista, busca cobrar con la vida de Chiquito Saravia la de su hijo perdido.

A partir de ese terrible combate, ocurren los años declinantes del viejo triunfador. Ahora el departamento de Cerro Largo es entregado por el gobierno a Aparicio Saravia; los “yaguaneses” se repliegan ante la devoción clamorosa de los seguidores del Cabo Viejo, del Águila Blanca, a quien la muerte estaba esperando en Masoller en una cita fijada para setiembre de 1904.

En los últimos capítulos de la *Crónica de Muniz* emerge el tema profundo, el que está ligado a todos los ancestros del escritor, a su tío Ángel, a su abuelo Justino. Es la versión de un conflicto personal, la oscilación entre la aversión por la frialdad y crueldad de los caudillos y la admiración por su coraje y su sacrificio.

En la *Crónica de Muniz* el conflicto ético y emocional del escritor parece quedar laudado.

Por desgracia, en enero de 1904 estalló de nuevo la guerra amenazando destruirlo todo. No importa ahora decir quién fue el culpable de esta enorme desgracia que amenaza al país. Es más: quizá no estaba la culpa en el momento en que se gestaba la nueva contienda; aquello era una consecuencia natural de la paz firmada por Cuestas y el nacionalismo, en el año 1897.

La situación anormal que soportaba el país y el Poder Ejecutivo, no podría prolongarse cuando cualquier ciudadano, siempre que no fuese Cuestas, intentase hacer un gobierno nacional.

¿Qué pudo resolver esta situación, sin necesidad de hacerse por la guerra?... El conocimiento de nuestros hombres y de nuestra Historia, nos hace dudar de ello. Pero fuese quien fuese el culpable, lo cierto es que entristece pensar en todo el mal que sufrió el país durante este año nefasto. Libres de todo partidismo; sin odios para ningún partido político en lucha, recordamos con inmenso dolor a los miles de hombres nobles y fuertes, caídos en los campos de pelea. Saravia, al frente de los suyos, está ya en armas y reúne un ejército que llegará a ser el más numeroso de cuantos han desfilado por los campos de la Patria.

Muniz, nombrado Jefe del Ejército del Sur, avanza desde el centro de la República a encontrarse con su adversario. La desolación y la muerte, serán las huellas dejadas por esos dos ejércitos. No se hable de criminales, ni de hombres que se complacen en tales ejercicios. Es la guerra, inexorable, cruel, alimentándose de vidas perdidas estérilmente y de miserias.

Ya han pasado los tiempos: ¿por qué, ante tanto dolor, continuar llamando criminales a los hombres que ofrecen también su vida en el campo contrario? El color de una divisa, no da a nadie timbre de nobleza. Los partidos políticos son mejores o peores, según sus programas de gobierno, pero nunca porque sea verdad que en uno de ellos se refugien los más grandes valores morales y en el otro solo existan

el crimen y la deslealtad. Antes de toda palabra, declaro que en este instante siento tanta admiración por los héroes que cayeron en las filas de Saravia, como por aquellos que lucharon en los ejércitos de Muniz. Por eso no comprendo la indignación de algunos escritores, que hablan de los caudillos adversarios y de sus soldados, faltos de todo respeto para esos hombres que se sacrifican cumpliendo tal vez, altas misiones sociales.

Crónica de Muniz

Pero es en esa crónica magistral que no le cede en calidad *A sangre fría* de Truman Capote, la *Crónica de un crimen*, donde Justino Zavala expresa las tensiones irreductibles de su odio-amor por la figura acuciante del caudillo, blanco o colorado.

(...)

Una cinta ancha de bayeta colorada

Esas anécdotas de guerras y barros y sangre y balazos contra la pared son para los generales retirados que se reúnen como viejas jubiladas en la mesita de té con bizcochos a recordar galantes veinteañeros: déjese de joder.



Hugo Bervejillo, Tomás de Mattos y Carlos María Domínguez en la jornada sobre novela histórica organizada por APLU

El autor

Hugo Bervejillo (Montevideo, 1948), fue cofundador de la revista *Universo* (cuatro números entre 1970 y 1971) donde publicó sus primeros cuentos. En 1989 obtuvo el 3er. premio en el concurso de cuentos Melvyn Jones. En 1992 su novela *Una cinta ancha de bayeta colorada* (Ed. Proyección, 1992) integró la terna

finalista del premio Bartolomé Hidalgo. En 1994 integra el volumen *Contando Historia* (Cal y Canto, 1994) de autores múltiples, con el cuento “Sonata al sur”.

En 1995 publica *Basilio está en la frontera* (Ed. Proyección).

Como periodista y/o dibujante colaboró en el semanario *Asamblea* (1984/85), en *La Republica* (1989), en la edición dominical de *La Hora Popular* (1991), fue responsable de la página cultural de *La Juventud* (1992/93).

Integró el Consejo Editor de la revista *Fundación* (mayo-noviembre 1994), y fue jurado en Narrativa en el concurso Onetti-Rulfo, organizado por esa revista en 1995.

En febrero de 2000 obtiene una segunda mención en el concurso organizado por la Intendencia Municipal de Montevideo con la novela *El ángel negro*.

La obra

Publicada en 1992 se inscribe en la vertiente de la novela histórica que irrumpió en nuestra literatura después del proceso dictatorial. Es un gran texto al que le cupo la mejor suerte que se le puede desear a un libro: la de tener múltiples ediciones.

La crítica nacional tuvo que abstenerse de su tradicional cicatería y le tributó elogios (no tantos como los que la obra merece) en el momento de su aparición.

El Dr. Enrique Tango publicó en *El Día*: “(...) una creación literaria de primer rango (...) ¿Tendré que agregar que este libro (...) que no se ha difundido como correspondería, merece leerse? Creo que no, pero de todos modos lo recomiendo entusiastamente”.

El texto

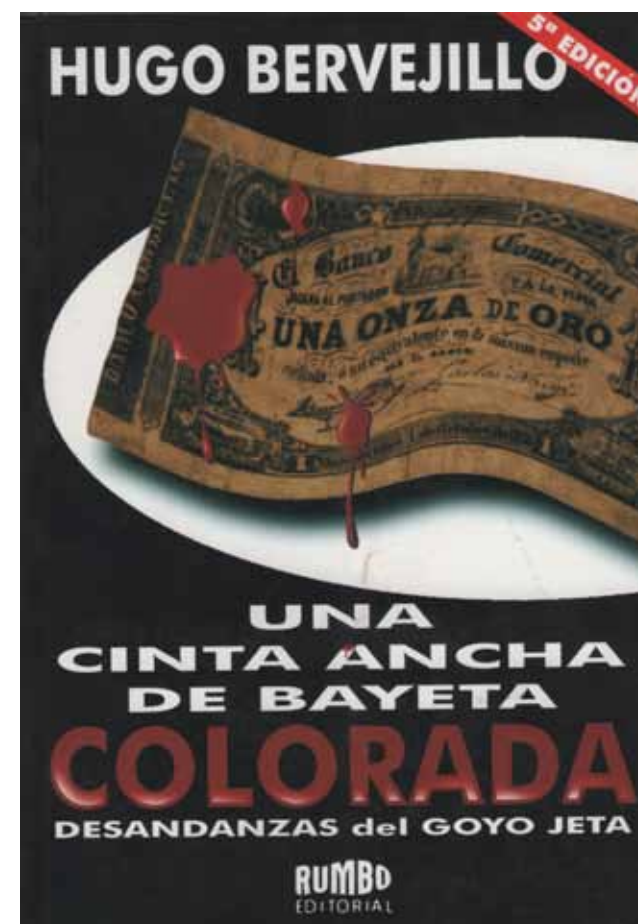
Todo escritor sabe cuán difícil es dar a su creación el título justo, económico, sugeridor, atractivo.

El título debe decir y callar; a veces, entregar una clave que el lector puede usar como ayuda de lectura o como remate de la comprensión final al pie de la última página.

Hugo Bervejillo encontró el de su novela en el curso de sus exhaustivas investigaciones en los periódicos del siglo XIX.

Si tuviéramos que apostar a la calidad más notoria de *Una cinta ancha de bayeta colorada*, diríamos que es la alianza inesperada de un aura de misterio incitante con una interpretación antiromántica, casi economicista de la historia.

Sólo con leer el título, el futuro lector sabe, aunque oscuramente, que se tratará de Partido Colorado, de ponchos, de revolución, de sangre. De adhesión que ata



como la cinta obligada. De muerte, sí; muerte también.

Pero por esta vez, las patriadas dejan de ser el espectáculo de las pasiones llevadas hasta las últimas consecuencias en la escenografía de las cuchillas y las mangueras de las estancias, sino que se incuban en los entresijos de un Montevideo dominado por comerciantes y empresarios extranjeros y poblado por la naciente oligarquía especuladora.

El texto se explaya a lo largo de doscientas setenta y tres páginas distribuidas en ocho capítulos así titulados: “El desprecio”, “El puñal”, “La bala”, “El odio”, “La intriga”, “El veneno”, “La traición”, “La bayoneta”. Ocho sustantivos desnudos que no necesitan aclaración para que el lector entienda de qué se trata. Y se trata nada menos que de las desandanzas del Goyo Jeta, caudillo del Partido Colorado que pasó a la historia por ser el degollador del ejército gubernista. Digamos de paso, que no fue el único en esa divisa y que tuvo pares en las filas del Partido Blanco, dignos de ser recordados como él en la historia universal de la infamia.

Lo singular de la persona de José Gregorio Suárez, el Goyo, fue que habiendo nacido de humilde condición, estuvo desde Arroyo Grande en el 42 hasta su muerte en 1879, entreverado en cuanto pacto, confabulación, batalla, se fraguara desde Montevideo. Siempre en segunda fila, pero siempre presente, llegó a

ser candidato a la Presidencia de la República. Perdió por un voto. La patria tuvo suerte.

Llegó tarde para combatir a Oribe cuando se firmó la Paz del 51. Llegó tarde para salvar al general César Díaz de la Masacre de Quinteros, pero sí llegó temprano para “vengarlo” en el genocidio de Paysandú. Ganó galones militares en la miserable Guerra de la Triple Alianza. Instigó el asesinato de Venancio Flores. Luchó en el 70 contra Timoteo Aparicio.

Siempre rodeado por las peores personas, traicionó y fue finalmente traicionado.

Sus móviles fueron cuatro: adhesión pasional al partido colorado; odio ciego a los blancos y a los colorados partidarios de la política de fusión; ambición irrefrenable.

Estas características teñidas además por una crueldad sin límites, en manos de un dramaturgo o un buen narrador, serían más que suficientes para construir un personaje trágico. El Goyo Jeta, canalla, se movió en ámbitos canallescicos desde su comienzo de caudillo pulpero.

Es importante que a uno le deban –Suárez hablaba como evocando–, porque ahí uno conoce quien quiere progresar y cuánto está dispuesto a pagar por ese progreso. Y cuando a uno le deben, elige y decide a quién ejecuta y a quién otorga plazo; y cuando puede hacer esto, puede apoyar iniciativas, impartir directivas, casar gente, dirigir familias, repartir patrimonios, atender viudas, poblar campos, y enterrar enemigos: un caudillo: principio del orden: la gente lo necesita y lo sabe, y aprende a mirar con los ojos del caudillo.

Cuando llegó a las altas esferas de las intrigas políticas, estuvo en su elemento natural. Era ese mismo ámbito de ambición, de traición y crueldad.

Tan rico de posibilidades como era este siniestro personaje no fue, sin embargo, el único tema de Hugo Bervejillo, sino apenas el hilo conductor o la excusa para mostrar las entrañas del período que va desde el 51 al 79. Casi treinta años viviseccionados con un bisturí que no reconoce la piedad cuando se trata de denunciar la hipocresía y los manejos de los comerciantes, prestamistas y banqueros de apellidos ilustres.

Es una novela escrita con indignación y sin embargo, no hay en ella una sola línea panfletaria,

antes bien, desde las páginas liminares, el incauto lector queda apresado en un aura de magia y misterio, que se mantiene hasta el final. (...)

(...) los muertos tienen derechos, general: pueden volver cuando quieren, porque no pierden la memoria.

Es así que la muerte y sus memorias emergen con intermitencias en los relatos del Goyo. ¿Son fantasmas? ¿Son meros recuerdos? ¿Son sueños? ¿Son culpas? ¿Valen como víctimas? ¿Acusan como jueces?

Un día de setiembre de 1879, el general José Gregorio Suárez está sentado en la sala sombría de “pocos muebles y escasos jarrones sin flores” de su casa del barrio Tres Cruces. Allí se le aparece de modo fantasmal, el periodista Gaspar Salamanca. Viene a llenar algunos huecos que todavía aparecen en su nutrida información. Quiere escribir una biografía y pregunta y acosa y acusa.

Ya se pudrieron los huesos de los últimos gauchos de vida alzada, de vivir de hacienda robada en levantamiento civil, de sitio en malón, a la voz del caudillo, porque la tierra ya está dolorida de tanto muerto acumulado y las sales y los sulfatos ya son pasto de raigambre, seleccionado para alimento de vacas Durham, que son propiedad de los hijos de los que daban las órdenes a los sublevados y que ahora dan las órdenes para mandarlas a los frigoríficos, donde ni siquiera tendrán por el momento la tierra por descanso sino que, volteadas y descuartizadas, trituradas y molidas, después de colgar de un gancho, van enlatadas a servir de alimento a los soldados de línea, como ya lo fueron y lo son; y al grito de abajo el tirano firmado por presidentes y generales o coroneles mayores en sus escritorios de caoba y aplaudidos por señoritas casaderas hijas de prósperos comerciantes, van a volver a la tierra partidos por el filo de un sable o la bala o la metralla del cañón. Tal vez usted ha confiado que la historia

—o los historiadores— le harán justicia: yo entonces le diré cómo o cómo no, porque todo está en esta libreta que tiene su nombre, y entonces, después, usted me dirá. Pero —ya sabe—, no va a haber uniformidad cuando escuche otras voces, las ajenas: no puede haberla —nunca la hubo—, pero menos todavía desde la aparición de los cintillos partidarios, desde Rivera y Oribe —tirios y troyanos— y en la sangre volcada que sigue salpicando memorias y proclamas. Y es difícil ver a través de las versiones oficiales y de las famas que florecen en las ruedas de mate o en los mostradores. Por eso vine. Usted me dirá de sus motivaciones. De sus pactos y de sus muertos.

De hecho, la novela comprende solamente una entrevista periodística que dura 5 o 6 minutos (el tiempo que tarda el dependiente en cerrar la puerta del negocio que está frente a la casa del Goyo Suárez). El personaje ha tomado una copita de licor que tenía servida y en ese sorbo de licor estaba su muerte.

La técnica de explayar el curso de una vida en los últimos momentos de la agonía del personaje, tiene antecedentes universales: *El puente sobre el río del Búho* de Bierce; *El hombre muerto* de Quiroga; *La muerte de Artemio Cruz* de Carlos Fuentes, para contar sólo tres.

Toda memoria del pasado está poblada de obsesiones, e irreprimibles como son, causan rupturas en el orden cronológico del relato. A este procedimiento Bervejillo añade recursos que dinamizan la proyección de las atrocidades del Goyo, eludiendo de esta manera la monotonía de un discurso que no puede menos que ser largo.

En primer lugar confronta al personaje con su entrevistador Salamanca, que lo hurga, lo juzga y lo condena. Ese diálogo agiliza la exposición de la trama.

En segundo lugar, el autor añade a la presencia de ese personaje fiscal, el personaje defensor. Se trata de un débil fantasma balbuceante y lastimoso. Es Lucas Bergara, secretario del Goyo, que acota tímidamente alguna palabra de apoyo para su jefe, pero así como es secundario e insignificante, es uno de los puntos altos de la narración, porque está muerto y ha salido del agua.

De la puerta abierta de la sala llegó un vaho de cangrejos y

salitres y el general desvió la vista hacia el suelo, y los pasos lentos y pesados llegaron resonando acolchados en el piso hasta acercarse a una silla cercana a la mesa, una silla de madera oscura que crujió con el peso del visitante al sentarse.

—Mírelo, general.

El recién llegado estaba empapado de pies a cabeza y la piel era de un amarillo petrificado: los ojos, como asombrados, miraban con resignación por entre los cabellos que chorreaban sobre la frente, y todavía se veía en su cuello la herida abierta con que lo habían degollado, con los bordes oscuros cubiertos por fragmentos de mejillones y alquitrán y el olor que despedía era el que sale de los muelles cuando se anuncia la tormenta. Por entre los jirones de la ropa, salían los brazos con la piel arrugada y lacerada por los peces y la permanencia en el agua, y alrededor de las muñecas todavía tenía los grilletos oscuros con que lo habían sujetado, tal vez, a una pieza de hierro para que no flotara, como era la costumbre.

—Es Lucas Bergara, su secretario y confidente. Mírelo.

(...)

La exhumación de los muertos —ya fantasmales— hacen levitar el discurso narrativo y forjan un lector destinatario expectante y en guardia, semejante al espectador de una buena película de terror cuyos nervios tensos y refinados lo hacen el captador ideal de una forma poética bizarra pero no por eso menos estéticamente valiosa.

Felipe Fresnedo, Lucas Bergara, Damasia Moreira, César Díaz, Lucas Piriz, Pedro Ribeiro, Tristán Azambuya, cada uno presentado en una situación de vida o de muerte que los personaliza definitivamente en la emoción del lector; ¿no son bastantes en la galería de fantasmas? Y sin embargo, ninguno de ellos sobra.

(...)

La literatura puede más que la historia

Una cinta ancha de bayeta colorada, cuenta la historia de un caudillo campuso, de un combatiente tan guapo como cruel y de un político ambicioso que manipulaba los hilos de la política montevideana dentro del Partido Colorado.

De ahí el extremo interés de esta obra literaria que está concebida desde un punto de vista inédito hasta ahora.

Las revoluciones, las divisas, las patriadas y los caudillos están vistos con el ojo crítico de un analista que atiende al cangrejo antes que a la piedra.

Por eso no hay ninguna vaharada romántica que los envuelva, antes bien se las ve como penosas piezas dóciles de un ajedrez que juegan Brasil, Argentina e Inglaterra validos de la ayuda de sus testaferros los grandes banqueros, prestamistas, saladeristas y leguleyos que integran la “alta” sociedad de Montevideo.

(...)

No es por la visión descorazonada de la historia y de los hombres que la hicieron, por lo que esta novela vale. ¿Acaso cualquier analista que conozca los engranajes económicos que tuvieron todas las guerras que en el mundo son y han sido, no puede revelar la verdad que frecuentemente se oculta tras de las grandes palabras: patria-partido-divisa?

Tampoco *Una cinta ancha de bayeta colorada* es una gran novela porque ni antes ni después de ella se ha escrito un relato tan escalofriante del sitio de Paysandú y de la Guerra del Paraguay (y es improbable que alguien intente alcanzar la altura que alcanzó Hugo Bervejillo).

Esta novela vale lo que vale, porque es un descenso al fondo del infierno contado en clave de poesía.

Fuego Rebelde

Cuando vino era bastante chapetón, hoy es un gaucho. Ahora aprendió a usar la piedad y también el coraje aunque no va a haber más guerra eso le ha de servir.

El autor

Omar Moreira nació en Puntas de El Cordobés, Durazno, en 1932.

Se crió en campaña de Treinta y Tres y cursó el liceo en Batlle y Ordóñez-Nico Pérez.

Ingresó por concurso al I.P.A. en los cursos para profesores de Literatura. Trabajó de profesor en el liceo de San Carlos, en el José M. Campos de Mercedes como egresado del I.P.A., por Concurso de Oposición Libre, y obtuvo el cargo de profesor en el liceo de Nueva Helvecia y Daniel Armand Ugon de C. Valdense.



Omar Moreira en el VII Congreso de la APLU. Nueva Helvecia, 2012

Publicó en Editorial Banda Oriental; *Fuego Rebelde* (1969), novela histórica; *Rosendo y sus manos* (1976), novela; *Rodaja de la espuela* (1981), cuentos; *Voces en el viento* (1992), relatos; *La espera del general* (2008), novela.

Publicó en la revista *Asir*, en páginas culturales de distintos diarios, periódicos de la capital y del interior y en variadas instituciones culturales.

Publicó los estudios históricos locales que pretenden ser micro historias: *Por tierras y tiempos de Santa Ecilda* (1983); *Colonia del Sacramento* en co-autoría con Miguel Ángel Odriozola (1984); la serie *Crónicas del Rosario*: 1. *Molino Quemado* (1982); 2. B. Poucel. *Memorias de la Guerra Grande* (1983); 3. *Colonia Suíza Nueva Helvecia* (1985); 4. *Y nació un pueblo. Nueva Helvecia*; 5. *Un Liceo Abierto* (1997). También publicó en 1993 *Un hombre hijo de sus obras: Juan Luis Perrou. Colonia y Rosario en las gestas del Plata. Crónicas de esta Banda I*. 1998. *La Colonia Portuguesa. Crónicas de esta Banda II* 1999.

Omar Moreira ha sentido como interactuantes la carrera docente, la actividad de escritor y la de dinamizador cultural, fundamentalmente en el ámbito del interior del país. Destituído en la época dictatorial, reingresó a Educación Secundaria, en la dirección del liceo Daniel Armand Ugon, cuya efectividad logró por Concurso de Méritos y Oposición. Fruto de la delicada y apasionante experiencia de la reconquista democrática es el libro *Un Liceo Abierto*.

En 1994 ganó la efectividad por Concurso de Mérito y Oposición como Inspector de Institutos y Liceos, cargo del cual se ha retirado luego de cumplir una carrera docente que le permitió vivir los procesos de las últimas décadas, dentro o en las “cercanías” de los liceos.

La obra

Una pequeña, formidable novela publicada en 1969. Fue éste ciertamente un año difícil para nuestro país; año fin de una década, que auguraba otros aún más amargos por cuanto se gestaba la segunda dictadura del siglo. Esta más larga, más cruel, más sangrienta.

La primera y única hasta ahora, edición de *Fuego Rebelde* se agotó rápidamente, pero desde entonces a acá ha permanecido en el silencio, aunque seguramente no en el olvido de quienes en aquella ocasión la leyeron.

Si mencionamos la peculiaridad del año en que fue editada es para tratar de explicar este relativo pero injusto desconocimiento que desde hace más de veinte años, la acompaña.

Al igual que *La Crónica de Muniz*, es una opera prima y tiene como aquella el sello de la sólida madurez: proporcionada estructura y sostenida tensión narrativa.

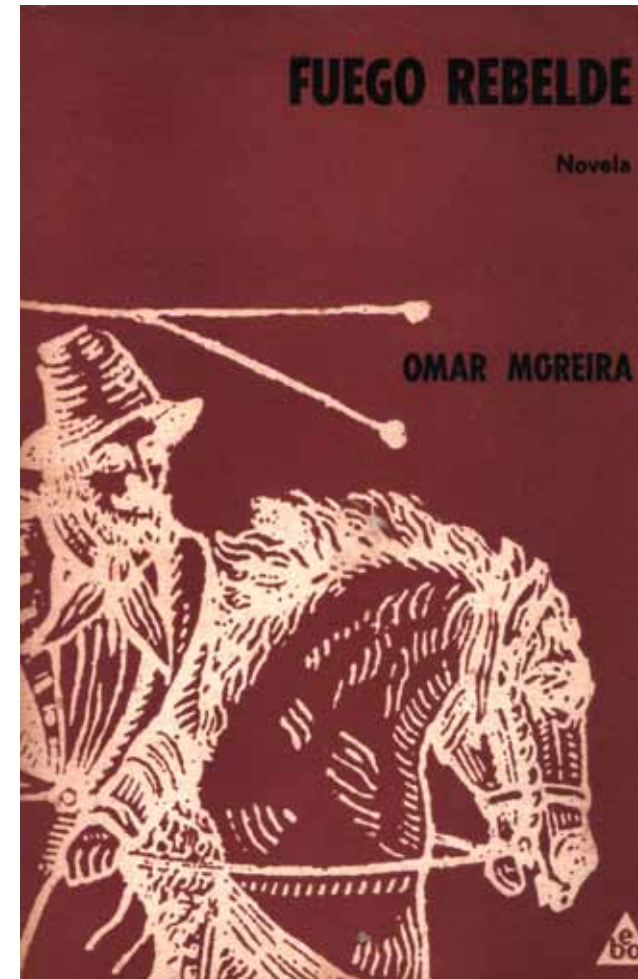
Si en aquel caso asombraba la precocidad del narrador que enfrentaba un reto bien arduo, en el caso de la novela de Omar Moreira admira la sabiduría de un escritor que a fuer de profesor de literatura ha estado durante años destejiendo y tejiendo la urdimbre y los hilos de las grandes obras de la literatura universal. Tampoco ha de haber sido ajena su destreza de guasquero² que lo ha guiado en el sutil y firme entramado de este relato, ceñido y recio al que no le sobran ni páginas ni palabras.

El texto

La novela tiene doscientas treinta y seis páginas distribuidas en veintiséis capítulos. En el prólogo el autor da cuenta de la bibliografía consultada –histórica, testimonial y académica– pero también de la fuente oral que ha nutrido una importante masa temática.

Fuego Rebelde aúna el documento histórico con la sabrosura del cuento fogonero. Muchos capítulos, “Voces del pasado”, “Paula”, “La tapera de Belisio”, “Juancito y sus cuentos” (XIV, XV, XVI, XVII) son un remanso después del turbión bélico de Tupambaé y antes de la lenta y dolida demolición de la guerra a partir de la muerte de Aparicio en Masoller y la Paz de Nico Pérez.

Omar Moreira tiene un pulso especial y un amor por todo lo campero que le viene de la infancia, y esto hace de él un narrador de cuentos por excelencia. Prueba de ello es que sus obras posteriores *Rosendo y*



sus manos y la *Rodaja de la espuela* dan salida caudal a este perfil del escritor.

Armar bien cuentos de fogón exige conocer y aceptar las leyes del juego; juego de contar y juego de oír. Y esto lo conoce Moreira;

–Estos viejos nos dejaron tullidos a mentira.

–Lo que pasa es que en los cuentos no se pregunta si fue o no cierto. Hay que contar de acuerdo con lo que el otro quiere que cuente. Usted acaso ¿no quería que le cortaran la barba a Laurindo viejo y que se le volcase el catre a Nico? Nada más que a veces nos equivocamos con lo que el otro quiere.

El autor termina el prólogo agradeciendo a todos los que colaboraron “en este trabajo paciente y ardoroso”. Entendemos que esta adjetivación es cabal.

El relato abarca nueve meses del año 1904. El tiempo de una gestación y un alumbramiento. Y es

que de eso se trata: es la historia de un hijo de gringos, “alto, rubio, de ojos claros”, residente en Colonia, que se alista en el ejército colorado y combate hasta el final de la guerra haciéndose aceptar por encima de sus cualidades (despreciables, a los ojos de los criollos) de gringo y de chacarero.

(...)

El protagonista alcanzará la plenitud de su hombría cuando haya aprendido a aceptar la dualidad, la ambigüedad, la contradicción, la cara y la cruz de cada hombre y de cada circunstancia. Cuando los ojos hayan aprendido a ver “el más atrás” que hay después del esquema maniqueo del bueno-malo, blanco-negro, habrá aprendido lo que para Omar Moreira, el autor de esta novela que es épica y es filosófica, se necesita en la guerra y en la paz: usar la piedad y también el coraje. Desde Tupambaé a Masoller el muchacho tendría mentores; su coterráneo Claro, y la imponente figura del negro Ciriaco Sosa, el degollador que ajustició a su sobrino cuando se enteró que había violado a unas pobres mujeres. Mientras le cortaba la garganta le decía: “Tenga paciencia sobrino, que la muerte es un ratito”. Pero es el Capitán Alvariza quien oficia de “padrino” del neófito, mostrándole los gozos y las sombras.

(...)

Fuego Rebelde no es desde luego, sólo el tránsito del fin de la adolescencia a la plenitud viril del protagonista. Es ante todo la mejor novela de la literatura uruguaya que trata el tema de las luchas revolucionarias. Y lo cuenta desde adentro; desde el bando del partido colorado; y lo cuenta con pasión pero siempre con respeto y equidad.

Es un enorme friso bélico violento que se despliega durante nueve meses a través de toda la república desde Colonia a Rivera para terminar, aplacada su bravura, en Nico Pérez.

Si admirable fue el estilo narrativo aplicado a la épica, no menos admirable es el aura de congoja, el lento desfallecimiento de los capítulos XXIV y el XXV. Mientras vuelven a sus pagos las tropas del ejército blanco, llegan del norte los brasileiros de Julio Barrios.

Es la derrota y el dolor de la muerte del Cabo Viejo para unos. Es la victoria andrajosa para los pobres que se vuelven a sus ranchos sin más botín que el haber salvado el pellejo.

El escritor está atento a la minucia, al pequeño detalle que revela todo un estado de ánimo.

Son las ganas de bromear después de tanta tragedia vista y vivida. Comer pasteles en la estación bien puede ser el simulacro de la dicha. Teatralizar en una parodia las injusticias de la vida, puede ser un acto de protesta, en un momento en que se siente que termina un mundo y empieza otro.

(...)

Luego de dejar al jefe fue el reportero quien rió, a la vez que anotaba la curiosa divisa que llevaba en el sombrero orgullosamente un moreno alto. Para comprender el descolorido y extenso texto tuvo que rodear al negro.

La inscripción estaba muy lejos de aquellas dictadas por dirigentes o mujeres, que decían: “Defensores de la ley” “Llor a mi causa”... .. pues ésta rezaba con todas sus letras: “Negro seré. Blanco en la puta vida”.

Una novela de estirpe homérica

Fuego Rebelde es una novela escrita con pasión y razón. Tal vez por eso su lectura es apasionante.

Los episodios, las escenas, las alternativas de la marcha, las emboscadas y los raros reposos de campamento; la galería de famosos caudillos y la de los anónimos héroes de la soldadesca se enlazan sucediéndose sin dar tregua al lector.

El clímax se alcanza en la batalla de Tupambaé, culminación épica y clave para el desarrollo psicológico del protagonista. Es entonces cuando el narrador descibe la tensión y deja fluir el anecdótico real y ficcionario de los capítulos XIV, XV, XVI y XVII.

Homero fue el maestro de Moreira en esta sabia administración del ánimo.

El esquema homérico en cuanto la composición de escenas en el campo de guerra, es el seguido en *Fuego Rebelde*. Ambos, Homero y Moreira, no abordan la guerra como choque de los ejércitos en el frente de batalla, sino que toman núcleos fragmentados, combates individuales considerados como unidades que se van sumando.

La *Iliada* es el modelo del arte clásico cuyo equilibrio está sujeto a la medida áurea. Pero no son las razones estéticas las que la han hecho llegar en una especie de eterna actualidad después de más de dos milenios, sino el poderoso llamado a la reflexión a que dan lugar los conflictos humanos y divinos que en ella se narran.

El último año de la guerra de Troya es el recuento de las batallas y es la confrontación de dos concepciones del hombre y del mundo: Héctor y Aquiles. El héroe que se debe a la colectividad y el héroe que sólo escucha la voz de su arrogancia. Pero el más conmovido episodio, fuente de la meditación, es el momento en que Aquiles se apiada del llanto del anciano Príamo y accede a su pedido.

Fuego Rebelde ocurre también en los últimos meses de la guerra de 1904. Rodolfo, al igual que Aquiles, aprendió a “usar la piedad y también el coraje” como le dice su jefe, el capitán Alvariza, al despedirlo.

La *Iliada* no es destructiva: hiere y cicatriza; lastima y cura.

También cuando Omar Moreira cierra el combate de Tupambaé con una estampa horrenda:

Antes de llegar al campamento de Galarza, en una hondonada encontró varios cadáveres cubiertos por la escarcha. Contó ocho cabezas cortadas, con un rictus de máscara en la boca, los ojos muy abiertos, endurecidos y vidriosos por el frío y la muerte, hirsutas melenas levantadas, las barbas enmarañadas, manchadas de sangre ya renegrida, rendidas allí como para una partida de bochas.

Añade esta línea que con ocho palabras coloca al hombre en la encrucijada del fatalismo y el libre arbitrio; de la culpa y del perdón; de la serenidad divina y de la angustia humana. “Tupambaé... ¡Cosas de Dios!... y de los hombres”.

Notas

¹Ares Pons, Roberto: *Uruguay ¿Provincia o Nación?* Ediciones del Nuevo Mundo, Montevideo, 1967.

²“El viejo trenzaba un lazo en torno a un poste clavado en medio de la pieza. Había hecho con cada ramal un prolijo ovillo de donde salía el tiento sin romper el manajo. Los remojaba en una tina llena de agua, y la parte trenzada la iba enroscando en el poste, bruñido como un palenque; el hombre era algo cegatón pero parecía no valerse de la vista, ejecutando su trabajo con extremo cuidado y paciencia. El segundo y último tiento de la izquierda venía por debajo de la trenza encimándolo sobre el primero de la derecha y volviéndolo a traer, ahora por arriba, al mismo lado de donde salió, como el primer tiento. Y luego tomaba el segundo de la derecha, lo pasaba también por debajo, montándolo sobre el que había maniobrado y traíalo hacia la derecha como el primero”. *Fuego Rebelde*. Pág. 148.

Bibliografía

ACHUGAR, Hugo. *Cultura(s) y Nación en el Uruguay de fin de siglo*. Montevideo, Ed. Logos, 1991.

ARES, Roberto. *El Uruguay: ¿Provincia o Nación?*

Buenos Aires, Ed. Coyoacán, 1961.

ARÓSTEGUI, Abdón. *La Revolución oriental de 1870*. Montevideo, Ed. Felix Lajouane, 1880.

BERVEJILLO, Hugo. *Una cinta ancha de bayeta colorada*. Montevideo, Ed. Proyección, 1963.

DEUS, Sergio. *Eduardo Acevedo Díaz. El caudillo olvidado*. Montevideo, Ed. Acali, 1978.

GALVEZ, Manuel. *Vida de Aparicio Saravia*. Buenos Aires, Imprenta López, 1942.

HERRERA, Ernesto. *El león ciego*. Montevideo, Ed. Orsini Bertani, 1912.

HUDSON, W. H. *La tierra purpúrea*. Montevideo, Ed. De la Banda Oriental, 1992.

IPUCHE, Pedro Leandro. *Isla Patrulla*. Montevideo, Ed. Sociedad Amigos del Libro Rioplatense, 1935.

MENA SEGARRA, Enrique. *Aparicio Saravia. Las últimas patriadas*. Montevideo, Ed. De la Banda Oriental, 1977.

MONEGAL, José. *Vida de Aparicio Saravia*. Montevideo, Ed. Monteverde y Cía., 1942.

MOREIRA, Omar. *Fuego Rebelde*. Montevideo, Ed. De la Banda Oriental, 1969.

MORIN, Edgar. *La cabeza bien puesta*. Buenos Aires, Ed. Nueva Visión, 1999.

PENDLE, George. *Uruguay. La grandeza y la decadencia del país vista por un inglés*. Montevideo, Ed. Bolsilibros ARCA, 1968.

ROSSIELLO, Leonardo. *Narraciones Breves Uruguayas (1830-1880)*. Instituto Iberoamericano. Universidad de Gotemburgo. Montevideo, Ed. TAE, 1990.

SÁNCHEZ, Florencio. *El Caudillaje Criminal en Sudamérica. Cartas de un flojo*. Montevideo, Ed. Del Río de la Plata, 1962.

SUÁREZ, Luis. *De Tupambaé al APA*. Montevideo, Ed. Casa Barreiro y Ramos, 1930

ZAVALA MUNIZ, Justino. *Crónica de Muniz*. Montevideo, Ed. Blanes, 1989.

Mercedes Ramírez en la jornada sobre novela histórica organizada por APLU. Montevideo, 2011

